

PUBLICACIONES UNREMA

TESTIMONIOS PARA NIÑOS

Un relato preciso sobre las conversiones, las vidas santas y ejemplares, y las muertes gozosas de varios niños pequeños

PARTE I

JAMES JANEWAY
1636–1674

Testimonios Para Niños

Título Original: A Token For Children
James Janeway 1671

Traducciones UnRema
Proclamando todo el consejo de Dios

©Elioth Fonseca
www.unrema.org

Los textos Bíblicos han sido tomados de la versión Reina Valera ©1960 Sociedades Bíblicas en América Latina ©. Usado con permiso. Este material puede ser usado, reproducido y distribuido, sin ningún problema. Solamente rogamos citar la fuente de su procedencia, tanto al autor, traductor y editor, como conviene a los santos en honestidad reconociendo el trabajo de otros.

QUEDA UNIVERSALMENTE PROHIBIDA LA VENTA.

Dedicado a todos los Padres que de corazón
aman a sus pequeños, y desean verlos
en el camino de la Salvación.

Soli Deo Gloria

TESTIMONIOS PARA NIÑOS:

*Un relato preciso sobre las conversiones, las vidas santas
y ejemplares, y las muertes gozosas
de varios niños pequeños*

*Por el Rev. James Janeway,
Ministro del Evangelio*

*Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis;
porque de los tales es el reino de Dios.*

Marcos 10:14

Contenido

Nota Biográfica	6
A los Padres.....	9
Prefacio.....	11
Testimonio I	14
Testimonio II	19
Testimonio III	21
Testimonio IV.....	25
Testimonio V.....	26
Testimonio VI.....	28
Testimonio VII	30

Nota Biográfica¹

James Janeway nació en Lilley, Hertfordshire en 1636. Fue el cuarto de los nueve hijos de un ministro, William Janeway, y el hermano menor de John, que también se convirtió en un ministro puritano. Fue educado en la Iglesia de Cristo (*Christ's Church*), en Oxford, donde obtuvo una licenciatura en 1659. Luego pasó un tiempo dando clases en Windsor.

Ordenado diácono en 1661, Janeway fue expulsado en 1662 por la No-conformidad. Sin embargo, ministró en conventículos a través de las catástrofes nacionales como la peste y el gran incendio de Londres en 1666. Después de que Carlos II emitiera su Declaración de Indulgencia, Janeway obtuvo su licencia como ministro presbiteriano en 1672.

Los últimos años de Janeway como predicador en Rotherhithe fueron los más fructíferos y, sin embargo, los más difíciles. En 1672, su congregación construyó un gran centro de reuniones para él en Jamaica Row, Rotherhithe, Surrey. Donde se dice que: *tenía una asistencia muy numerosa, y una gran reforma fue realizada entre muchos*. La popularidad de Janeway enfureció tanto a los anglicanos que muchas veces amenazaron con dispararle y de hecho intentaron hacerlo dos veces. Una vez, una bala perforó su sombrero. En otra ocasión, los soldados destruyeron el edificio de la iglesia de Janeway. Su congregación lo reemplazó con un edificio lo suficientemente grande para todos los que vinieran a escucharlo predicar.

Después de luchar varios años con la depresión, Janeway contrajo tuberculosis. Murió cuando tenía treinta y ocho años en 1674. Al menos cinco de sus hermanos también murieron de tuberculosis antes de cumplir los cuarenta. Fue enterrado en St Mary Aldermanbury junto a su padre.

La experiencia de Janeway con el sufrimiento, la persecución y la muerte se refleja en gran parte de su obra. Por su perspicaz conocimiento de la mortalidad del hombre se le atribuye a su obra de intensidad espiritual y enfoque eterno.

De los libros que escribió Janeway se pueden encontrar: “*Exhortación a los Santos a la Diligencia en el servicio de Cristo (The Saints' Encouragement to Diligence in Christ's Service)*”; “*El Cielo en la tierra; o Cristo el mejor amigo en el peor de los momentos (Heaven upon Earth; or the Best Friend in the Worst Times)*”. Janeway publicó una biografía de su brillante hermano mayor John (1633-57) llamada “*Realidades invisibles, demostrada en la santa vida y muerte de Mr. John Janeway (Invisible Realities, demonstrated in the holy Life and Death of Mr. John Janeway)*”, en el cual describió

¹ **Nota del Editor:** Esta nota biográfica fue tomada de dos diferentes fuentes principalmente: la primera proviene del libro de Joel Beeke junto con Randall J. Pederson llamado ‘Meet the Puritans’ una magnífica obra donde se relata la vida, obra e influencia de diferentes ministros denominados Puritanos, y la otra proviene de un libro de diferentes autores llamado ‘Childhood in question: Children, Parents and the State’ un libro editado por Anthony Fletcher y Stephen Hussey; en la sección ‘Death in childhood: the practice of the good death in James Janeway’s A token for children’ escrita por Ralph Houlbrooke.

cómo John, para ese entonces de tan solo veinte, había apoyado a su padre William cuando este se acercaba a la muerte. "¡Oh Hijo!", le había confiado William, "*este pasar por la eternidad es algo grandioso, esto de morir es un asunto solemne y suficiente para hacer que cualquier corazón se aflija, para aquel que no tiene su perdón sellado, y sus evidencias para el Cielo claras*". William le contó a John lo preocupado que estaba por su propio estado. John se apartó y luchó con Dios en oración por su padre, y William poco después experimentó un "*ataque de amor y alegría abrumadores*". John mismo, su frágil salud prematuramente se debilitó por exceso de trabajo, supuestamente experimentó períodos prolongados de casi inexpresable éxtasis mientras moría de tuberculosis en 1657, clamando que la muerte era dulce para él. Instó a su madre a que se entregara a Cristo. Antes de que James muriera de tuberculosis en 1674, a la edad de treinta y ocho años se sintió atacado poderosamente por Satanás, quien lo acusaba de hipocresía. Pero hacia el final, bendijo a Dios por la seguridad de su amor y prorrumpió en repetidas aleluyas, lleno de alabanza agradecido por la redención de la gracia gratuita.

La intensa experiencia de James de la exhibición de la muerte en su propia familia puede establecer parte del contexto necesario para entender el libro por el que se conoce más a Janeway, que es "*Testimonios para niños (A Token For Children)*", donde compiló numerosos relatos de las conversiones de niños pequeños y sus testimonios antes de su muerte prematura, con el propósito de rescatar a los niños de su "*condición miserable por naturaleza*" y de "*caer en el fuego eterno*" (prefacio). Su padre y hermano moribundo habían sentido la seguridad del amor de Dios que habían comunicado a quienes los rodeaban. Janeway creyó que los niños muy pequeños podían ser capaces de morir como los suyos, y las victorias del lecho de muerte coronan la mayoría de las vidas contadas en *Testimonios*, ocupando la mayor parte de muchas de las narraciones.

La obra presente en español es nada más la primera parte de los *Testimonios* que contiene siete relatos y que se espera con la ayuda del Señor poder ser traducida a nuestra lengua muy pronto; sin embargo, la obra original está compuesta de dos partes que incluyen trece vidas. Las muertes de ocho de los niños son fechadas: Uno, el más antiguo, había ocurrido en 1632, el segundo en la década de 1640, el cuarto en 1664-65, y la más reciente en 1671. Nueve de los trece niños fueron nombrados. El más fácil de identificar de todos los padres fue John Bridgeman, obispo de Chester, cuya historia de su hijo Charles Bridgeman había sido contada por Isaac Ambrose ... Dos de los niños fueron descritos como pobres, y uno de ellos había sido mendigo hasta que fue acogido por un benefactor. Muchos de los relatos de Janeway le brindan al lector poca información sobre los padres de los niños. En algunos casos, ambos padres estaban vivos al momento de la muerte del niño. Un niño ya había perdido a su padre, y dos probablemente habían perdido a ambos padres. En algunos casos, los padres juegan un papel tan pequeño en la historia que es imposible saber si estaban vivos o muertos. Además de los niños holandeses y Charles Bridgeman, la mayoría de los individuos, cuyas experiencias Janeway describió, habían vivido probablemente en o cerca de Londres. Tres de ellos nacieron en familias que residían en Middlesex, Kent y Colnbeook (Buckinghamshire), respectivamente. Siete de los trece niños eran niños y seis niñas. Lo más importante de todo ... son las edades de los niños al momento de la muerte. La mayor, Sarah Howley, tenía al menos 14 años, y la niña holandesa Susanna Ricks tenía 13 años. De los niños

restantes, tres eran de 12 o más, uno de 11, dos de 9, uno de 8, uno de 7 y uno de 5 o 6. En resumen: los niños que aparecen en la colección de Janeway nacieron en una variedad de grupos sociales, que iban desde el alto clero hasta los muy pobres, representados por igual por ambos sexos, y murieron en su mayor parte al final de la infancia no mucho antes que él escribiera.

La mortalidad infantil fue mucho más seria en la Inglaterra del siglo XVII de lo que es hoy en día. En la Inglaterra provincial, aproximadamente tres de cada diez niños nacidos pudieron haber muerto antes de los quince años ... Con todo, estas historias todavía pueden hablarnos, no meramente de temores que consideramos malsanos o bárbaros, sino del amor y de la pena humana, de la angustia de la separación y de las esperanzas más potentes que la mayoría de nosotros ahora poseemos.

Después de las Escrituras y del *Progreso del peregrino* de Bunyan, el libro de Janeway fue el libro para niños más ampliamente leído y de mayor popularidad en el siglo XVII.

El predicador de Nueva Inglaterra, Cotton Mather, consideraba este libro tan altamente valioso que escribió su propia versión y lo llamó *Testimonios para niños de Nueva Inglaterra (A Token for the Children of New England)*. Ese libro más el de Janeway se han impreso juntos en un volumen. Son de lo más eficaces para mostrar cómo los padres puritanos evangelizaron a sus hijos en el hogar.

John Gerstner dice en el prólogo de este libro: “Si los ‘Cristianos’ contemporáneos quisieran conocer qué es la experiencia cristiana, no podemos hacer nada mejor que dejar que estos niños pequeños de siglos anteriores nos enseñen. Todo padre cristiano moderno debería comprar y estudiar este libro antes de hacerlo lectura obligatoria para todos sus hijos o hijas”.

La influencia de Janeway en el pensamiento puritano perduró por mucho tiempo después de su muerte. Charles Haddon Spurgeon se refirió a las obras de Janeway en sus sermones en muchas ocasiones a fines de la década del siglo XIX: “Confieso que tengo gran afición por los libros como el de ‘*Testimonios para niños*’ de Janeway, donde se registran las muertes de muchas niñas y niños piadosas con las santas expresiones que utilizaron. El Señor les da un gran valor a sus pequeños y, por lo tanto, frecuentemente los reúne mientras son como flores en brote. Cuando estos niños favorecidos mueren, Jesús se presenta delante de sus pequeñas cunas y, mientras él los llama, susurra, ‘*De los tales es el reino de los cielos*’.”.² “Existen biografías interesantes que aún se conservan, y que prueban que la santidad puede florecer y madurar en el corazón más joven, de las cuales muchas anécdotas son atesoradas en colecciones como ‘*Testimonios para niños*’ de Janeway, de niños a los que podría llamar infantes con propiedad estricta, de cuyas bocas Dios ordenó alabanza y, a través de ellos, hizo callar al enemigo y al vengador”.³

² Sermón No. 1036 ‘*Muertes Preciosas (Precious Deaths)*’, predicado la mañana del Día del Señor el 18 de Febrero de 1872.

³ Sermón No. 664 ‘*Temprano y Tarde (Early and Late)*’, predicado el Domingo en la mañana el 10 de Diciembre de 1865.

A los Padres, Maestros y Maestras de Escuela, o cualquiera que se ocupa de la Educación de los Niños

Queridos amigos, con frecuencia he pensado que Cristo les comunica a ustedes lo que la hija de Faraón le dijo a la madre de Moisés: “*Toma a este niño y críamelo*” (Éxo. 2:9). Considera qué preciosa Joya es dejada a tu cargo; qué beneficio tienes de mostrar vuestro amor de Cristo, de abastecer a la próxima generación con plantas nobles, y qué dichoso relato pueden dejar si son fieles. Recuerden, almas, que Cristo y la Gracia no pueden ser sobrevalorados. Confieso que tienen algunas desventajas, pero permite que estas solo despierten vuestra diligencia; la salvación de las almas, la alabanza a vuestro Maestro, la grandeza de vuestra recompensa, y la gloria eterna, pagarán por todo. Recuerda, que el diablo está trabajando duro, los malvados son laboriosos; y la naturaleza corrupta es una pieza resistente y complicada que corta a hachazos; pero no se desalienten, estoy como mucho atemorizado de vuestra pereza e infidelidad que cualquier cosa. No hagan más que ir a trabajar con apropiada seriedad, y quien sabe si esa piedra bruta pueda demostrar ser un pilar en el templo de Dios. En el nombre del Dios vivo, a causa de que tendrás que comparecer dentro de poco ante Su tribunal, les ordeno a que sean fieles en instruir y catequizar a sus pequeños. Si piensas que soy muy perentorio, te ruego que leas el mandato de mi Señor, “... y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes (Deuteronomio 6:7)”. ¿No es claro tu deber? ¿Y te atreves a descuidar una orden tan directa? ¿No tienen ningún valor las almas de tus niños? ¿Estás dispuesto a que tengan que ser tizones del infierno? ¿Son indiferentes si son condenados o salvados? ¿Escapará el diablo con ellos sin control? ¿No emplearán el mayor esfuerzo para librarlos de la ira que viene? Comprendan que ellos no son individuos incapaces de la gracia de Dios; independientemente de lo que piensas de ellos, Cristo no los desprecia; ellos no están muy pequeños para morir; ellos no están muy pequeños para ir al infierno; ellos no están muy pequeños para servir a su gran Señor, y muy pequeños para ir al cielo. “*Porque de los tales es el reino de Dios (Marcos 10:14)*”. ¿Y, la posibilidad de su conversión y salvación no te estimulará a poner la mayor diligencia en enseñarles? ¿Son Cristo, el Cielo, y la Salvación, cosas pequeñas para ti? Si lo son, entonces, ciertamente he terminado contigo; pero si no lo son, te ruego a que te dediques con todas tus fuerzas; el diablo sabe que tu tiempo va a un ritmo acelerado; y que pronto será muy tarde. ¡Oh! Por lo tanto, lo que hagas, hazlo deprisa; y hazlo, te digo, con todas tus fuerzas. Oh, ora, ora, y ora, y vive de manera santa ante ellos, y toma diariamente algún tiempo para hablarles un poco a tus niños, uno por uno, acerca de su condición miserable por naturaleza. Conocí a un niño que se convirtió mediante esta frase de una maestra piadosa en el país: “*Todos los hijos de vuestra madre son, por naturaleza, hijos de ira.*” Pon a vuestros niños a aprender sus catecismos, y las Escrituras, y a que consigan orar y llorar por sí mismos en busca de Cristo, prestad atención a su

compañía; cuidaos de dejar pasar una mentira; guardaos de permitirles malgastar el día de reposo;⁴ haz, te lo suplico, que imiten a estos dulces niños; concédeles que lean este libro cientos de veces: observa como son afectados; y pregúntales que es lo que piensan de estos niños, y si ellos serían semejantes a los tales, y prosigue con lo que haces con fervientes súplicas, y con dolores de parto ve a Cristo formado en sus almas. He orado por ustedes; con frecuencia por vuestros niños, que los amo muchísimo, he orado; y he orado por estas páginas, para que Dios quiera sobrecogerlos, y los haga vigorosos para con sus almas. Estimula a vuestros niños a que lean este libro, e indúcelos a que progresen en él. Lo que se expone es fielmente tomado de cristianos sólidos y experimentados, algunos de ellos sin ningún vínculo con estos niños, pero que fueron testigos oculares y auditivos de las obras maravillosas de Dios; o de mi propio conocimiento, o de ministros respetados y piadosos, y de personas que son, por su santidad, integridad y sabiduría, de una reputación sin mancha; y muchos pasajes son tomados textualmente por escrito, de sus labios moribundos. Pueda que añada muchos otros testimonios maravillosos, si tengo algún estímulo en esta parte. [Lo que el autor ha hecho en la Segunda Parte]. Que la nueva generación pueda ser aún más excelente que esta, es la oración de uno que ama de manera profunda a los niños pequeños.

JAMES JANEWAY

⁴ Sabbath [Cristiano]

Prefacio e instrucciones para los niños

Puede que ya hayan escuchado, mis amados corderitos, lo que otros buenos niños han hecho, y recuerdan cómo lloraron y oraron por sí mismos; cómo de todo corazón proferían amar al Señor Jesucristo; puede que hayas leído cuán obedientes eran a sus padres; cuán diligentes en sus libros; cuán dispuestos en aprender la Escritura y sus catecismos. ¿Podrías olvidar las preguntas que se les solía hacer, a cómo le temían a una mentira, cuánto aborrecerían la mala compañía, cuán santamente vivían, cuán profundamente se les amaba, y con cuánta alegría murieron?

Pero díganme, mis amados niños, y díganme sinceramente, ¿Han vivido como estos niños? ¿Nunca han percibido su miserable estado del que son por naturaleza? ¿Alguna vez se han puesto a llorar por el pecado, y a orar por gracia y perdón? ¿Alguna vez has ido donde tu padre y tu madre, maestro y maestra, y le has rogado a ellos a que se apiaden de ti, y que oren por ti, y que te enseñen lo qué deberías hacer para ser salvo, lo que debes hacer para obtener a Cristo, el cielo y la gloria? ¿Amas que se te enseñen cosas buenas? Ven, dime en verdad, querido niño; porque de buen agrado haría lo que fuera posible para evitar que cayeras al fuego eterno. Con agrado quisiera que fueras uno de esos niños que Cristo tomará en sus brazos y bendecirá. ¿Cómo gastas tu tiempo? ¡Jugando, siendo ocioso, y con niños malvados! ¿Te atreves a tomar el nombre de Dios en vano, jurar o decir una mentira? ¿Osas hacer aquellas cosas que tus padres te han prohibido, e ignoras hacer lo que ellos te han mandado? ¿Te atreves a correr de arriba para abajo en el día del Señor? o ¿Te mantienes leyendo tu libro y aprendiendo lo que tus buenos padres te mandan? ¿Qué me dices, niño? ¿Cuál de estos dos tipos eres? Permíteme charlar un poco contigo, y hacerte algunas preguntas.

¿No eran estos dulces pequeños, niños que temían a Dios y eran obedientes a sus padres? ¿No los amaban y elogiaban sus padres y madres y cada persona que temía a Dios? ¿Qué crees que han llegado a ser, ahora que están muertos o se han ido? ¿Por qué se han ido al cielo, y están cantando aleluyas con los ángeles; (viendo cosas gloriosas), y no teniendo nada más que gozo y alegría, (ya no pecando nunca más; ni estando enfermos o con dolor ya más)?

¿A dónde crees que irán, cuando mueran, aquellos niños que no atienden a lo que se les está declarando; que faltan, mienten, dicen malas palabras, y quebrantan el día de reposo?⁵ ¿A dónde crees que van esos niños? Te lo diré: los que mienten deben ir con su padre, el diablo, al fuego eterno; los que nunca oran, Dios derramará su ira sobre ellos; y, cuando rueguen y oren en el fuego del infierno, ¡Dios no los perdonará, y allí deberán morar para siempre!

¿Estás dispuesto a ir al infierno, a ser quemado con el diablo y sus ángeles? ¿Te gustaría encontrarte en la misma condición que esos niños malos? ¡Oh! el infierno es un

⁵ Sabbath [Cristiano]

lugar terrible; es mil veces peor que el azotamiento de la ira de Dios, es peor que la ira de tu padre; ¿y estás dispuesto a enojar a Dios? ¡Oh, niño, esto es sin duda absolutamente cierto, que todos los que son malvado, y mueren en esa condición, deben ser echados al infierno! y una vez que alguien se encuentre allí, no habrá escapatoria.

¿Nunca oíste hablar de un niño pequeño que ha muerto? y si otros niños mueren ¿por qué no puede ser posible que te enfermes y mueras? Entonces, ¿qué vas a hacer, niño, si puedes que no tengas gracia en tu corazón, y te encuentras como los demás niños malvados? ¿Cómo sabes que no podrías ser el próximo niño que puede morir? Entonces, ¿a dónde irás, si no eres hijo de Dios?

¿Te tardarás más, querido niño, en entrar a tu habitación, y rogarle a Dios que te dé a Cristo para tu alma, para que no seas deshecho eternamente? ¿En este momento, te pondrás en un rincón a llorar y orar? Me parece ver a un precioso corderito que empieza a llorar, y ponerse a sí mismo, tanto como puede, a clamar al Señor, para hacerle uno de esos pequeños que entran al reino de los cielos: Creo que por ahí se encuentra un dulce niño y por allá otro, que están resueltos por Cristo y por el cielo; Me parece como si ese pequeño tuviera la intención de aprender cosas buenas: Creo que oigo a uno decir: bueno, ya nunca más diré una mentira, ya nunca más me juntaré con niños malos; ellos me enseñarán a jurar y a decir malas palabras; ellos no aman a Dios; amaré mi catecismo, y conseguiré que mi madre me enseñe a orar, y me iré a llorar y orar por CRISTO, y no me callaré hasta que el Señor me haya dado la gracia. ¡Oh! ¡Si! ¡Ese es mi valiente niño!

Pero, ¿no olvidarás rápidamente tu promesa? ¿has resuelto, por el poder de Cristo, a ser un buen niño? ¿Lo has hecho? Considera, querido niño, Dios te llama a acordarte de tu Creador en los días de tu juventud; y se regocija cuando los pequeños vienen a él; los ama muchísimo; y las personas piadosas, especialmente los padres, los maestros y las maestras, no tienen mayor gozo que ver a sus hijos caminar en el camino de la verdad.

Ahora dime, mi queridísimo niño, ¿qué vas a hacer? ¿debo hacerte un libro? ¿oraré y suplicaré por ti? ¿llorará tu buena madre por ti, y no nos alegrarás a todos volviéndote rápidamente al Señor? ¿Te dirá Cristo que te amará, y no lo amarás? ¿Te esforzarás por ser como estos niños? Estoy convencido de que Dios planea hacer bien a las almas de algunos niños pequeños con estos testimonios, porque él ha puesto tanto en mi corazón el orar por ellos, como estos testimonios; y por la misericordia, ya he experimentado que algo de esta naturaleza no ha sido en vano. Te daré una palabra de orientación, y de esta manera te dejo.

1. Guardaos de lo que sabes que es malo, como mentir (joh, ciertamente eso es una falta grave!), decir malas palabras, tomar el nombre del Señor en vano, jugar en el día del Señor, tener malas compañías, y jugar con niños impíos; pero, si vas a la escuela con tales niños, diles que Dios no los amará, sino que el diablo los poseerá, si continúan siendo tan malos.
2. Haz lo que tu padre y tu madre te ordenan de manera animada: y cuídense de hacer cualquier cosa que les han prohibido.
3. Sean diligentes en leer las Escrituras y en aprender vuestro catecismo; y lo que no entiendan, asegúrense de preguntar el significado.

4. Mediten por sí mismos un poco acerca de Dios, el cielo, y de vuestras almas, y en la razón por la que CRISTO vino al mundo.
5. Entra a tu habitación o en el desván, arrodíllate, y llora, laméntate, y dile a Cristo que temes que Él no te ame, pero que con agrado desearias tener su amor. Ruégale que te conceda de su gracia, te perdone tus pecados, y que te haga su hijo. Dile a Dios que no te importa quién no te ame, si solamente Él te ama. Dile: Padre, ¿no has reservado una bendición para mí, este necesitado niño? Padre, ¿no tienes bendición para mí? ¡Oh, concédeme un interés en Cristo, oh, no permitas que sea desechado para siempre! De esta manera rueguen por sus vidas; y no se contenten hasta que tengan una respuesta. Y háganlo todos los días, con la mayor seriedad posible, al menos dos veces al día.
6. Familiarícese con gente piadosa, hágales buenas preguntas y procuren amar hablar con ellos.
7. Trabajen para obtener un inapreciable amor por Cristo: lean la historia de los sufrimientos de Cristo, y pregúntense la razón de sus sufrimientos, y nunca se contenten hasta que vean su necesidad de Cristo, y la excelencia y el uso de Cristo.
8. Escucha a los ministros más poderosos. y lee los libros más penetrantes, y consigue que tu padre te compre los que son importantes e instructivos.
9. Resuelve continuar haciendo el bien todos tus días; entonces serás uno de esos dulces pequeños que Cristo tomará en sus brazos, y bendecirá, y le dará un reino, corona y gloria.

Y ahora, queridos niños, he terminado, les he escrito; he orado por ustedes; pero lo que tú harás no puedo decirlo. ¡Oh niños! si me aman, si aman a sus padres, si aman sus almas, si quisieras escapar del fuego del infierno, y si desearas vivir en el cielo cuando mueras, ve y haz como estos buenos niños. Y el que puedas ser la alegría de tus padres, el orgullo de vuestro pueblo, y vivir en el temor de Dios y morir en su amor es la oración de...

Vuestro Querido Amigo,
JAMES JANEWAY.

Testimonio I

Sobre una eminentemente convertida entre los ocho y nueve años de edad, con un relato de su vida y muerte.

LA SEÑORITA SARAH HOWLEY, cuando tenía entre ocho y nueve años, fue llevada por sus amigos a escuchar un sermón, donde el ministro predicó sobre Mateo 11:13, “*Mi yugo es fácil, y ligera mi carga,*” en la aplicación de esta porción de la Escritura esta niña fue poderosamente despertada, e hizo que de manera profunda tomara conciencia de la condición de su alma, y de su necesidad de Cristo; ella lloraba amargamente al pensar en la situación en la que se encontraba: y se fue a su casa, y se introdujo a una habitación, y de rodillas lloró y clamó al Señor lo mejor que pudo; que podía ser fácilmente percibido por sus ojos y semblante. Sin embargo, ella no se contentó con esto; sino que hizo que su hermanito y su hermana entraran a la habitación con ella, y les habló sobre la condición que eran por naturaleza, y lloró sobre ellos, y oró con ellos y por ellos.

Después de esto, escuchó otro sermón, sobre Proverbios 29:1, “*El hombre que después de mucha reprensión endurece la cerviz, de repente será quebrantado sin remedio.*” Del cual fue más afectada que antes, y se encontraba tan extremadamente preocupada por su alma, que pasaba gran parte de la noche llorando y orando, y apenas podía descansar un día o una noche a la vez, deseando con toda su alma escapar de las llamas eternas y en conseguir amar al Señor Jesús: ¡Oh, qué debía hacer ella por Cristo; qué debía de hacer para ser salvada!

Ella se entregó muchísimo en atender la palabra predicada, y, sin embargo, continuó siendo muy sensible a esta, favoreciendo enormemente en lo que oía. Se explataba sobremanera en la oración privada, como podían percibir fácilmente aquellos que la escuchaban a la puerta de su habitación; y por lo general era muy insistente, y se hallaba llena de lágrimas. Cuando apenas podía hablar del pecado, o se le podía hablar, su corazón estaba dispuesto a derretirse.

Pasaba mucho tiempo leyendo las Escrituras, y un libro llamado “*El Mejor Amigo en el Peor de los Tiempos (The Best Friend in the Worst of Times)*”,⁶ por el cual la obra de Dios fue muy promovida en su alma; y por el cual fue muy orientada en cómo conocer a Dios, especialmente en el final de ese libro. Otro libro del que ella estaba muy encantada fue, “*El Llamado del Hombre Cristiano (Christian Man's Calling)*” del Señor Swinnock,⁷

⁶ Libro escrito por el mismo James Janeway

⁷ George Swinnock, ministro puritano, nació en Maidstone en Kent en 1627; educado en Emmanuel College, Cambridge, sirvió en diferentes lugares como en Rickmansworth, en St. Leonard's Chapel, Aston Clinton, Buckinghamshire, en Great Kimble, Buckinghamshire y luego regresó a su pueblo en Maidstone para pastorear una gran congregación hasta su muerte el 10 de Noviembre de 1673. Este hombre fue descrito como “*alguien de buenas habilidades, y un predicador práctico, ardiente y serio.*”

y por medio de este se le enseñó en este mandato a hacer de la religión su negocio. “*La Abeja Espiritual (The Spiritual Bee)*”⁸ fue un gran compañero de ella.

Ella fue extremadamente obediente a sus padres, muy renuente en hacerlos llorar como mínimo; y si en algún momento (lo que era muy raro) los había ofendido, lloraba amargamente. Aborrecía la mentira, y no condescendía en conocer algún pecado. Ella era muy concienzuda en cómo emplear el tiempo, odiaba la holgazanería, y pasaba todo su tiempo orando, leyendo o trabajando con su aguja, en la que era muy hábil.

Cuando estaba en la escuela se destacó por su diligencia, porque era susceptible en ser instruida [dócil], por su mansedumbre y modestia, y por hablar poco; sin embargo, cuando hablaba, generalmente era [para hablar cosas] espirituales. Ella continuó en este curso de deberes religiosos durante algunos años sin interrupción. Cuando tenía alrededor de catorce años, se rompió una arteria de los pulmones (como se supone) y, a menudo, escupía sangre, aunque se recuperó un poco, pero tuvo varias recaídas peligrosas.

A principios del pasado enero, se puso muy mal de nuevo; de cual enfermedad se halló en gran angustia de alma. Cuando fue absorbida por primera vez, dijo: “*iOh, madre, ora, ora, ora por mí, porque Satanás está muy activo que no puedo orar por mí misma; veo que estoy arruinada sin Cristo y sin perdón! iOh! iEstoy perdida para toda la eternidad!*”

Su madre sabiendo cuán grave había estado anteriormente, se maravilló un poco de que ella estuviera en tales agonías; por el cual su madre le preguntó qué pecado era tan agobiante para su espíritu: “*Oh madre*”, dijo ella, “*no es ningún otro pecado particular de comisión, que se asoma tan cerca a mi conciencia, como el pecado de mi naturaleza: de que, sin la sangre de Cristo seré condenada.*”

Su madre le preguntó que debería orar por ella. Ella respondió: “*Que tenga convicción de pecado y un conocimiento salvífico de Cristo; y que pueda tener seguridad del amor de Dios a mi alma.*” Su madre le preguntó que por qué ella le habló muy poco a los ministros que vinieron a verla, ella respondió, que era su deber a que con silencio y paciencia aprendiera de ellos; y que además le resultaba extraordinariamente doloroso hablarles.

Una vez, cuando le dio un ataque, ella clamó: “*iOh! iMe voy, me voy! pero, ¿qué debo hacer para ser salva, dulce Señor Jesús? Yaceré a tus pies y si perezco, será en la fuente de tu misericordia.*” Tenía mucho miedo a la presunción, y temía errar en los asuntos de su alma, y solía hacer exclamaciones a Dios, para evitar que se engañara a sí misma. Un ejemplo de una: “*Dios grande y poderoso, dame fe y verdadera fe, Señor, para que no sea una virgen insensata, con una lámpara, pero sin aceite.*”

Repetidamente se afianzaba de las promesas y las invocaba en oración. Mateo 11 28:29, se hallaba en su lengua, y no era pequeño el alivio para su espíritu. Cuántas veces clamaba: “*Señor, ¿no has dicho: venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar?*”

⁸ Posiblemente sea el libro de meditaciones del cual no se sabe con certeza quién es el autor; se dice que lo escribió ya sea Nicholas Horsman (? -1689) o William Penn (1644-1718).

En otra ocasión, su padre le rogó que tuviera buen ánimo, porque ella iba a un mejor padre; a lo que ella se sintió muy afectada, y dijo: “*Pero, ¿cómo lo sé? Soy una pobre pecadora, que quiere seguridad: ¡Oh, seguridad!*” Esta era su nota, “*¡Oh seguridad!*” Fue su gran, fervorosa y constante petición a todo aquel que venía a ella, rogarle por seguridad para ella; ¡Pobre corazón! Los miraba con tanto ímpetu, como si no deseara nada en el mundo tanto como que se apiadarán, y la ayudarán con sus oraciones; nunca hubo una pobre criatura más fervorosa por alguna cosa que lo que fue ella por seguridad y la luz del rostro de Dios. ¡Oh, los gemidos por piedad que hacía! ¡Oh, las agonías en las que se hallaba su alma!

Su madre le preguntó que si Dios le reservaba su vida cómo viviría. “*Verdaderamente, mamá,*” dijo, “*tenemos corazones tan vulgares que no lo puedo decir: podemos prometer grandes cosas cuando estamos enfermos; pero cuando nos recuperamos, estamos listos para olvidarnos de nosotros mismos y volver nuevamente a la insensatez. Pero espero ser más cuidadosa con mi tiempo y con mi alma de lo que he sido.*”

Ella tenía gran afecto natural por sus padres, y era muy cuidadosa para que su madre no se cansara de mirarla mucho. Su madre dijo: “*¿Cómo podría separarme de ti, cuando apenas he secado mis ojos por vuestro hermano?*” Ella respondió: *¡El Dios de amor te brinda apoyo y te consuela! No es sino por un momento, y espero nos encontremos en gloria.* Ella, estando muy débil, solo podía hablar poco; por tanto, su madre le dijo: “*Hija, si tienes algún consuelo, alza tu mano, lo cual hizo.*”

El día del Señor antes que muriera, un pariente suyo fue a verla y, le preguntó si ella lo conocía, ella respondió: *Sí, te conozco, y desearía que conocieras a Cristo: ¡Eres joven, pero no sabes si dentro de poco puedes morir! y, ¡Oh! ¡Morir sin Cristo es algo terrible! ¡Oh! ¡Redime el tiempo! ¡Oh, el tiempo! ¡Tiempo! ¡Tiempo precioso!* Cuando él le solicitó que no se desgastara a sí misma, ella dijo que de buen agrado haría todo el bien que pudiera mientras viviera, y también cuando estuviera muerta, si fuera posible. Por lo que deseó que se predicara un sermón en su funeral, en relación con la preciosidad del tiempo. ¡Oh, esos jóvenes ahora recordarían a su Creador!

Algunos ministros que vinieron a ella, con denuedo, rogaron para que el Señor tuviera misericordia en darle alguna señal de benevolencia, y se marchara triunfante; y fueron enviadas notas de la misma índole de varias iglesias. Después de haber esperado durante mucho tiempo la respuesta de sus oraciones, dijo: *Bueno, aventuraré mi alma a Cristo.*

Se lo tomaba con maravillosa paciencia, y sin embargo oraba para que el Señor le diera más paciencia; a lo que el Señor respondió para asombro: ya que, teniendo en cuenta los dolores y las agonías en que se encontraba, su paciencia se hallaba junto con un portento. “*Señor, Señor, dame paciencia*”, dijo ella, “*para no deshonrarte.*”

El jueves, después de larga espera, grandes temores y muchas oraciones, cuando todos sus amigos pensaron que había dejado de hablar, para asombro de sus amigos, ella prorrumpió, con una voz muy audible y un semblante alegre, de esta manera: “*Señor, tú has prometido, que cualquiera que viene a ti, de ninguna manera lo echarás fuera. ¡Oh, qué dulce! ¡Oh, glorioso es Jesús! ¡Oh, tengo un Jesús dulce y glorioso! ¡Él es dulce! ¡Él es dulce! ¡Oh, el amor admirable de DIOS al enviar a Cristo! ¡Oh, gracia gratuita para una pobre criatura perdida!*” Y así siguió repitiendo muchas de estas cosas cien veces más; pero sus amigos estaban tan asombrados de verla en este arrebato divino, y de

escuchar palabras tan llenas de gracia y de sus anhelos satisfechos, que no pudieron escribir ni una cuarta parte de lo que ella dijo.

Mientras su alma estaba de esa forma cautivada con el amor de Cristo, y su lengua tan enormemente comprometida con magnificar a Dios, su padre, hermanos y hermanas, con otros miembros de la familia, fueron llamados; a quienes ella les habló de manera particular, ya que su fuerza estaba por irse. Ella le dio su Biblia, como legado a uno de sus hermanos, y le pidió que usara ese bien por amor a ella; y agregó a él y a los demás: "*iOh, hagan uso del tiempo por obtener a Cristo para sus almas! iNo malgasten el tiempo corriendo de arriba para abajo y jugando! iOh, consigan a Cristo para sus almas mientras son jóvenes! Acuérdense ahora de su Creador, antes de que vengan a un lecho de enfermo. No pospongan esta gran labor hasta entonces: iPorque ciertamente encontrarán que es realmente un trabajo duro! Lo sé, por experiencia, el diablo les dirá que ya es tiempo suficiente, y que son jóvenes, ¿por qué necesitan estar tan apurado? Tendrás tiempo suficiente cuando seas viejo. Pero hay una (refiriéndose a su abuela) que se encuentra detrás, y yo, que soy un joven, voy delante de ella. iOh, por tanto, procuren de hacer firme vuestro llamado y elección mientras se hallan con buena salud! Sin embargo, temo que esto sea solo de una noche de molestia para vuestros pensamientos; pero recuerden, estas son las palabras de una hermana agonizante. iOh! iSi supieras cuán bueno es Cristo! iOh! iSi tuvieras solo una probada de su dulzura, preferirías ir a él mil veces antes que quedarte en este mundo perverso! No me deshacería, ni por diez mil mundos, de mi amor por Cristo: iOh, qué feliz soy de ir a las dichas eternas! No volvería de nuevo ni por veinte mil mundos; y ¿no se esforzarán por amar a Cristo?"*

Después de esto, mirando a uno de los siervos de su padre, ella dijo: *¿Qué haré, qué haré, en el Gran Día cuando Cristo me diga: "Venid benditos de mi padre, heredad el reino preparado para vosotros; y les dirá a los malvados: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno? iQué triste es para mí, pensar que veré a algunos de mis amigos, que conocí en la tierra, ser entregados a ese lago que arde para siempre! iOh esas palabras, para siempre! iRecuerda estas palabras, para siempre! Te digo estas palabras a ti; que no son nada sino Dios hablándote también. iOh, ora, ora, ora, para que Dios te dé gracia!"*

y luego ella oró: "Oh Señor, acaba vuestra obra sobre sus almas: será mi consuelo verte en la gloria, pero esta gloria será tu felicidad eterna."

Su abuela le dijo que se desgastaba demasiado; ella dijo: "No me importa eso, si pudiera hacer a alguien bien." Oh, con qué vehemencia habló ella, como si su corazón estuviera en cada palabra que hablaba. Ella estaba llena de oraciones divinas, y casi todo su discurso, desde el primero hasta el último, en el tiempo de su enfermedad, trataba sobre su alma, la dulzura de Cristo y las almas de los demás; en una palabra, como un sermón continuo.

El viernes, después de haber tenido tan vivas manifestaciones del amor de Dios, estaba muy deseosa de morir, y clamó: "Ven, Señor Jesús, ven pronto; condúceme a tu tabernáculo; soy una pobre criatura sin ti; pero, Señor Jesús, mi alma anhela estar contigo; iOh! ¿Cuándo será? ¿Por qué no ahora, querido Jesús? Ven, Señor Jesús, ven rápido; pero, ¿por qué hablo así? Tu tiempo, amado Señor, es el mejor: iOh, dame paciencia!"

El sábado, ella habló muy poco por estar muy soñolienta; sin embargo, de vez en cuando soltaba estas palabras: *¿Cuánto tiempo, dulce Jesús? Termina tu obra; ven, dulce, querido Señor Jesús; ¡Ven rápido! Dulce Señor, ayuda; ¡Ven ahora! ahora, amado Jesús, ven pronto; buen Señor, dame paciencia para esperar a tu tiempo designado; ¡Señor Jesús, ayúdame, ayúdame, ayúdame!* Y así de esta manera en varias ocasiones cuando estaba fuera de su sueño: ya que ella pasó dormida la mayor parte del día.

En el día del Señor apenas hablaba alguna palabra, pero deseaba mucho que se enviaran cartas de agradecimiento a aquellos que antes habían estado orando por ella, para que pudieran ayudarle a alabar a Dios por la plena seguridad de Su amor que Él le había concedido; y parecía estar muy absorbida por los pensamientos del amor gratuito de Dios hacia su alma. Mucho encomendaba su espíritu en las manos del Señor; y las últimas palabras que se le escuchó decir fueron estas: *¡Señor, ayuda, Señor Jesús, ayuda, querido Jesús, bendito Jesús!*" Y así, en el día del Señor, entre las nueve y las diez de la mañana, ella durmió dulcemente en Jesús y comenzó un Reposo⁹ eterno, el 19 de febrero de 1670.

⁹ Sabbath [Cristiano]

Testimonio II

Sobre un niño que fue admirablemente afectado con las cosas de DIOS, cuando tenía entre dos y tres años; con un breve relato de su vida y muerte.

CIERTO NIÑO PEQUEÑO, cuando no podía hablar claro, estaría llorando ante Dios, y estaba muy deseoso de que le enseñaran cosas buenas.

No podía soportar que lo acostaran sin el deber familiar, sin embargo, ponía a sus padres en el deber y, con mucha devoción, se arrodillaba y, con gran paciencia y deleite, continuaba hasta que el deber finalizaba, sin la menor expresión de estar cansado; y nunca parecía estar tan bien satisfecho como cuando estaba dedicado en el deber.

Cuando no se agradaba con el deber de la familia, a menudo quería estar sobre sus rodillas, solo, en una esquina u otra. Se deleitaba mucho con escuchar la Palabra de Dios ya fuera leída o predicada.

Amaba ir a la escuela, para poder aprender algo de Dios, y observar y tomar notas importantes de lo que había leído, y volver a casa y hablar de ello con mucha devoción; y se regocijaba en su libro y le decía a su madre: *Hoy he tenido una dulce lección; ¿Podrías darme permiso para ir a buscar mi libro, para que lo oigas?*

A medida que crecía, se veía cada vez más afectado por las cosas del otro mundo; de modo que, si no hubiéramos recibido nuestra información de alguien que es de indudable fidelidad, parecería increíble.

Rápidamente aprendió a leer las Escrituras, y con gran reverencia, ternura y gemidos, las leía hasta que las lágrimas y los sollozos estuvieron a punto de dificultárselo. Cuando estaba en oración secreta, lloraba amargamente.

Muchas veces solía quejarse de la malicia de su corazón, y parecía estar muy afligido por la corrupción de su naturaleza y por el pecado actual. Tenía una enorme comprensión de las cosas de Dios, incluso como para asombrarse, para alguien de su edad.

Estaba muy preocupado por el vagar de sus pensamientos en el deber, y que no podía mantener su corazón siempre fijo en Dios y en la obra que estaba haciendo, y sus afectos constantemente aumentaban. Vigilaba su corazón, y observaba el funcionamiento de su alma, y se quejaba de que fueran tan vanidosos y tontos y, por tanto, se dedicaba a las cosas espirituales.

A medida que crecía, progresaba a diario en conocimiento y experiencia, y su porte era tan divino, y su conversación tan excelente y experimental, que incluso sorprendía a quienes lo escucharon.

Era extremadamente importuno con Dios en el deber, y le invocaba tanto, y usaba tales argumentos en la oración, que uno pensaría que era imposible que entrara en el corazón de un niño: él rogaba, reconvenía, y lloraba, de modo que algunas veces no se podía ocultar de los oídos de los vecinos: una casa contigua se vio forzada a exclamar, “*las oraciones y lágrimas de ese niño me hundirán en el infierno, porque por medio de ellas, él condena mi descuido de la oración, y mi poco ejercicio en ella.*”

Temía mucho a la compañía perversa, y a menudo le suplicaba a Dios que lo mantuviera alejado de ella y que nunca se complaciera con aquellos que disfrutaban desagradar a Dios; y que cuando en algún momento escuchara sus palabras perversas, tomando el nombre del Señor en vano, jurando, o diciendo palabras sucias, incluso lo hiciera temblar, y dispuesto a ir a casa y llorar. Aborrecía mentir con su alma.

Cuando cometía alguna falta, se convencía fácilmente de ello, y se metía en un rincón o lugar secreto y con lágrimas suplicaba por perdón a Dios, y con fuerza contra tal pecado. Tenía un amigo que a menudo le veía y le escuchaba a la puerta de su habitación; de quien recibí esta narrativa.

Cuando se le preguntaba si volvería a cometer semejante pecado otra vez, nunca lo prometía de forma absoluta, porque, decía él, que su corazón era malo; sin embargo, lloraba, y decía que esperaba que, por la gracia de Dios, no debiera.

Cuando se quedaba solo en casa los días de reposo, se aseguraba de no pasar ninguna parte del día en la holgazanería o jugando, sino que se ocupaba en la oración, leyendo la Biblia y su catecismo. Cuando otros niños jugaban, él pasaba más de una vez y a menudo orando.

Un día, cierta persona conversaba con él sobre la naturaleza, los oficios y la excelencia de Cristo, y que solamente él puede pagar por nuestros pecados y hacernos dignos de la vida eterna, y acerca de otros grandes misterios de la redención: Parecía salvadoramente entenderlos; y estaba muy contento con el discurso.

Al hablar acerca de la resurrección del cuerpo, él lo reconoció; pero que lo imaginaba muy extraño que el mismo cuerpo débil, que estaba enterrado en el patio de la iglesia, debía levantarse nuevamente; sin embargo, con admiración deparó que nada era imposible para Dios; y ese mismo día se sintió enfermo hasta la muerte.

Un amigo suyo le preguntó si estaba preparado para morir cuando se enfermó por primera vez, él respondió que no; porque tenía miedo de su estado en cuanto al otro mundo. “*¿Por qué niño*”, dijo el otro, “*si oraste por un corazón nuevo, por un corazón humilde y sincero, y te he escuchado, no oraste con tu corazón?*” “*Espero haberlo hecho,*” dijo él.

No mucho después, la misma persona le preguntó nuevamente si él estaba preparado para morir, él respondió: *Ahora, estoy deseoso, porque iré a Cristo.* Uno le preguntó qué sería de su hermana, si él muriera y la dejara. Él respondió, *la voluntad del Señor debe ser hecha.*

Aún se debilitaba más y más, pero lo conllevaba con muchísima dulzura y paciencia, esperando por su mudanza, y al final, alegremente entregó su espíritu al Señor, invocando su nombre, y diciendo: *iSeñor Jesús! iSeñor Jesús!* —En cuyo seno él dulcemente durmió; muriendo, como recuerdo, cuando él solo tenía seis años.

Testimonio III

Sobre una pequeña niña que fue despertada cuando tenía entre cuatro y cinco años; con un relato de su vida santa y muerte triunfante.

MARY A. cuando tenía entre cuatro y cinco años, se vio grandemente afectada al escuchar la palabra de Dios, y se mostró muy solícita con respecto a su alma y su condición eterna; llorando amargamente, al pensar qué sería de ella en el otro mundo, haciendo muchas preguntas sobre Dios y Cristo, y sobre su propia alma. De modo que, la pequeña Mary, antes de cumplir los cinco años, parecía importarle lo único que era necesario, y elegir la mejor parte, y sentarse a los pies de Cristo, muchas veces, y a menudo, con lágrimas.

Ella solía encontrarse mucho en el deber privado, y muchas veces caía de rodillas con lágrimas. Ella escogía esos momentos y lugares para el servicio secreto en la que pudiera ser menos observada por los demás, y hacía todo lo posible por ocultar lo que estaba haciendo cuando estaba ocupada en un servicio secreto.

Le tenía muchísimo temor a la hipocresía y de hacer cualquier cosa para ser vista por los hombres, y recibir encomio y alabanza; y, cuando oía a uno de sus hermanos decir que había estado por sí mismo orando, ella lo reprendía fuertemente y le decía que esas oraciones eran muy bajas para beneficiarlo, y que era muy poco para su alabanza orar como un hipócrita, y estar agradecido de que cualquiera sepa lo que había estado haciendo.

Su madre estaba llena de dolor después de la muerte de su esposo, esta niña vino a ella, y le preguntó por qué lloraba tan excesivamente, Su madre respondió que tenía suficiente motivo para llorar, porque su padre había muerto. "No, querida madre", dijo la niña, "*no tienes ocasión de llorar tanto, porque Dios es un buen Dios aún para ti*".

Ella era una preciada aficionada de ministros fieles. Una vez, después de escuchar al señor Whitaker,¹⁰ dijo: "*Estimo a ese hombre profundamente, por las dulces palabras que dice de Cristo*".

Su libro era la delicia de ella, y lo que leía le encantaba hacerlo suyo, y no se atrevía a pasar por alto lo que aprendía sin una extraordinaria observación y comprensión; y muchas veces se veía tan extrañamente afectada al leer las Escrituras, que estallaba en llanto, y difícilmente se apaciguaba: de manera tan enorme se conmovía con los sufrimientos de CRISTO, el celo de los siervos de Dios, y el peligro del estado natural.

Ella se quejaba muchas veces de las corrupciones de su naturaleza, de la dureza de su corazón, de que no podía arrepentirse profundamente, y no ser más humilde y contristada

¹⁰ William Whitaker (1548–1595), fue un hábil escritor calvinista de convicciones puritanas y un poderoso defensor protestante. Nació en Home en 1548, cerca de Burnley, Lancashire, el tercer hijo de Thomas Whitaker. Escribió más de 20 libros. Y fue denominado como el '*orgullo y ornamento de Cambridge*.' Murió el 4 de Diciembre de 1595.

por sus pecados contra un Dios bueno; y cuando ella se quejaba de esa manera, era con abundancia de lágrimas.

Se preocupaba enormemente por las almas de los demás y se acongojaba en pensar en la miserable condición en la que se encontraban. Cuando podía, generosamente, contribuía en algo relacionado con Cristo; pero, sobre todo, ella hacía lo que podía para atraer los corazones de sus hermanos y hermanas en pos de Cristo; y no había pocas esperanzas de que su ejemplo y buen consejo prevalecieran con algunos de ellos, a pesar de que eran muy jóvenes, para apartarse a un rincón a orar, y hacer preguntas muy llenas de gracia sobre las cosas de Dios.

Ella era muy diligente en guardar el día de reposo,¹¹ pasando todo el tiempo ya sea leyendo u orando, o aprendiendo su catecismo, o enseñando a sus hermanos y hermanas. Una vez, cuando la dejaron en casa el Día del Señor, reunió a otros niños pequeños, con sus hermanos y hermanas y, en vez de jugar, como solían hacer otros niños malos, ella les dijo que ese era el Día del Señor y que ellos debería recordar que ese día es para santificarlo; y luego ella les contó en cómo se debía emplear para los ejercicios religiosos durante todo el día, excepto en lo que se debía de dedicar para las obras de necesidad y misericordia; luego oraba con ellos por sí misma y, entre otras cosas, rogaba para que el Señor les diera gracia y sabiduría a esos niños pequeños, para que supieran cómo servirle: como uno de esos pequeños en la compañía con ella le indicó después.

Ella era una niña de gran ternura y compasión para con todos, que tenía el corazón lleno de piedad. A quien no podía ayudar, estaba lista para lamentarse o llorar; especialmente, si veía a su madre en cada momento atribulada, rápidamente hacia de sus penas suyas, y lloraba por ella.

Cuando su madre se encontraba algo solícita con respecto a alguna cosa mundana, ella, si le era posible, lo apartaba de su atención, de una forma u otra. Una vez le dijo a su madre, “*Oh Madre, la gracia de Dios es mejor que eso; (queriéndole decir algo que su madre necesitaba). Prefiero tener la gracia y el amor de Cristo, que cualquier cosa en el mundo.*”

Esta niña a menudo meditaba y se ocupaba en los pensamientos de su labor eterna; atestiguando esa extraña pregunta, *“¿Oh, qué estarán haciendo aquellos que ya están en el cielo?”* y ella parecía estar enormemente deseosa de estar entre aquellos que estuvieran alabando, amando y deleitándose en Dios, y le servían sin pecado. Su lenguaje sobre asuntos espirituales hacía que muchos cristianos excelentes se quedaran asombrados, era una niña incomparable cuando la consideraban. Ella disfrutaba mucho leer las Escrituras, y algunas partes de ella le era más dulce que la comida que le había sido asignada: le agradaba guardar muchos pasajes preferidos en su corazón, y los comentaba sabiamente, y los aplicaba adecuadamente.

Ella no era del todo extraña a los otros buenos libros; sino que los leía con mucho aprecio; y, donde podía, hacía notas de los libros, particularmente en aquello que observaba en la lectura que más le calentaba el corazón, y estaba lista en ocasiones para ponerlo en práctica.

¹¹ Sabbath [Cristiano]

Una vez una mujer entrando a la casa, con gran pasión, habló de su condición, como si no hubiera nadie con una condición igual como la de ella, y que no había otra condición igual en otra parte: la niña dijo, “*Sería una cosa extraña decir que, cuando es de noche nunca será de día de nuevo.*”

En otro momento, un pariente cercano de ella, estando en dificultades, se quejaba; a quien ella dijo: “*He oído decir a Mr. Carter¹² que, un hombre puede ir al cielo sin un centavo en su bolsillo, pero no sin gracia en su corazón.*” Ella tenía un amor extraordinario por el pueblo de Dios; y cuando veía a alguna persona que creía que temía al Señor, su corazón hasta saltaba de alegría.

Le encantaba estar sola, y se sentía afligida si en algún momento se le privaba de una oportunidad para el deber sagrado. No podía vivir sin dirección constante de Dios en secreto, y no se encontraba poco complacida cuando podía entrar en un pequeño rincón para orar y clamar.

Ella alababa mucho a Dios, y rara vez o nunca se quejaba de alguna cosa sino por el pecado. Ella continuó en este curso de orar y alabar a Dios, en gran obediencia y dulzura a sus padres, y a aquellos que le enseñaron alguna cosa. Animaba grandemente a su madre, mientras era viuda, y deseaba que la ausencia de su marido pudiera, en cierta medida, ser compensada por la obediencia y la santidad de un niño. Estudió todas las formas posibles para que la vida de su madre fuera cómoda.

Cuando tenía entre once y doce años, se enfermó; en ese momento ella lo sobrellevó con admirable paciencia, e hizo lo que pudo, con argumentos de las Escrituras para apoyar y animar a sus parientes a deprenderse de ella, porque ella iba a la gloria, y a que se prepararán para encontrarse con ella en una bendita eternidad.

Estuvo no muchos días enferma antes de que se volviera peligroso; de lo cual ella era consciente, y se regocijaba de que ahora estaba yendo aprisa hacia CRISTO. Llamó a su amiga, y le dijo: *No te turbes; porque sé que soy del Señor.* Uno le preguntó, cómo es que sabía ella, y respondió: *El Señor me ha dicho que soy uno de sus queridos hijos.* Y de esa manera habló con santa confianza en el amor del Señor hacia su alma, y no se amedrentó en lo más mínimo cuando habló de su muerte, sino que parecía extremadamente entusiasmada con la comprensión de su cercanía a la casa de su Padre celestial: y no pasó mucho tiempo antes de que se llenara de alegría indescriptible al creer.

Cuando yacía agonizante, su madre se acercó a ella y le dijo que lamentaba haber reprochado y corregido a menudo a una niña tan buena. “*Oh madre*”, dijo ella, “*no hables de esa manera; bendigo a Dios, ahora que me estoy muriendo, por tus reprensiones y correcciones también; porque podría ser que me hubiera ido al infierno, si no hubieran sido por tus reprensiones y correcciones.*”

Algunos de sus vecinos, que venían a visitarla, le preguntaban si ella los abandonaría. Ella les respondió: “*Si sirves al Señor, irás después de mí a la gloria.*” Un poco antes de morir ella tuvo gran conflicto con Satanás, y gritó: “*¡Yo no soy de él!*” Cuando su madre la

¹² Posiblemente sea William Carter (1605-1658) un predicador muy popular y admirado en Londres. Fue un buen erudito, una persona de gran seriedad y de la piedad más ejemplar; y a pesar de que era un hombre joven, fue nombrado miembro de la Asamblea de Teólogos de Westminster. Murió a la edad de 53 años.

vio en problemas, le preguntó qué le pasaba. Ella respondió: *Satanás me molestaba, pero ahora, doy gracias a Dios que todo está bien. Sé que no soy de él, sino de Cristo.*"

Después de esto, tuvo una percepción del amor de Dios y un cuadro glorioso, como si hubiera visto los mismos cielos abiertos, y los ángeles vinieran a recibirla; por lo cual su corazón se llenó de alegría y su lengua de alabanza.

Estando deseosos, por los que se encontraban allí a que les diera un relato particular de lo que ella vio, ella respondió: "*Lo sabrás en el más allá*". Y de esa manera, con un éxtasis de alegría, y santo triunfo, se dirigió al cielo, cuando ella tenía alrededor de doce años. *Aleluya.*

Testimonio IV

Sobre una niña que puso su mirada en el cielo cuando tenía solo cuatro años de edad; con algunos pasajes observables de su vida y su muerte

CIERTA NIÑA, cuando tenía alrededor de cuatro años, poseyó un sentido de conciencia de su deber hacia sus padres, a causa del mandamiento que dice, “*Honra a tu padre y tu madre* (Ex. 20:12).” Y, a pesar de que tenía pocas ventajas de educación, lo llevó con la mayor reverencia imaginable para con sus padres, por lo que no era poco crédito y consuelo para ellos. Era algo habitual para ella llorar si veía a sus padres con problemas, aunque no tenía ocasión para ello.

Cuando ella venía de la escuela, con pena y aborrecimiento decía que los otros niños habían pecado contra Dios, al hablar palabras ásperas, que eran tan malas que no se atrevería a hablarles otra vez. Con frecuencia admiraba la misericordia de Dios por tal bondad para con ella en lugar de a otros; ya que veía a algunos mendigar, otros ciegos, algunos torcidos, y que no carecía de nada que fuera bueno para ella.

Ella se hallaba muchas veces y, a menudo, en un lugar u otro, llorando sobre sus rodillas. Esa pequeña y pobre estaba pronta para aconsejar a otros niños, en cómo deberían servir a Dios, y ponerlos a sí mismos a orar; y ha sido conocido que, cuando sus amigos se hallaban fuera de casa se ponían a enseñar a los niños a orar, especialmente en el día del Señor.

Ella de manera muy seria rogaba las oraciones de otros, y que la recordaran, para que el Señor le diera su gracia. Cuando esta niña vio a algunos que se estaban riendo, a quienes juzgó de ser muy perversos, les dijo que temía que tuvieran pocas razones para estar felices. Preguntaron si uno no podía reírse, a lo que ella contestó: “*No, de hecho, hasta que tengan gracia; los que son malvados tienen más necesidad de llorar que de reír.*”

Ella decía que los padres, maestros y maestras tenían el deber de reprender a aquellos bajo su responsabilidad por el pecado, o si no van a tener que vérselas con Dios. Ella era muy atenta cuando leía las Escrituras, y era muy afectada con ellas. Ella de ninguna manera era disuadida a profanar el día del Señor, sino que la pasaba en algunos deberes.

Cuando fue a la escuela, fue gustosa y alegremente, y ella era muy enseñable y ejemplar para otros niños. Cuando se enfermó, alguien le preguntó si estaba preparada para morir. Ella respondió: “*Sí, si Dios perdona mis pecados.*” Al preguntársele cómo sus pecados debían ser perdonados, ella respondió: “*A través de la sangre de Cristo.*”

Ella decía que creía en Cristo, y deseaba y anhelaba estar con él; y así fue, con muchísima y plena alegría entregó su alma a él.¹³

¹³ **Nota del autor:** Hubo muchos pasajes muy observables de la vida y la muerte de esta niña, pero por la prisa y el dolor que sus amigos tenían, los enterraron.

Testimonio V

Sobre la vida piadosa y la muerte gozosa de un niño, que murió cuando tenía unos doce años.¹⁴ 1632

CHARLES BRIDGEMAN apenas había aprendido a hablar, cuando se dedicó a la oración. Él era muy propenso a aprender las cosas de Dios. Algunas veces les enseñaba su deber a aquellos que se encargaban de él.

Se aprendió de memoria muchas cosas buenas antes que estuviera bien preparado para ir a la escuela. Y cuando lo enviaron a la escuela, lo sobrellevaba de tal manera que todo lo que observaba lo contemplaba o podía admirarlo. ¡Oh, el dulce temperamento, buena disposición, y religión sincera en la que se hallaba este niño!

Cuando estuvo en la escuela, lo que deseaba aprender no era otra cosa sino a Cristo y a este crucificado! Tan piadosas y dulces eran sus palabras, sus acciones tan rectas, su devoción tan vigorosa, su temor a Dios tan grande, que muchos estaban prontos para decir lo mismo que se dijo de Juan: “*¿Qué clase de niño será este?* (Lc. 1:66).”

Le complacía demasiado en leer las Sagradas Escrituras. Estaba deseoso de más conocimiento espiritual, y a menudo le gustaba hacer preguntas muy serias y admirables. Se dice también que no abría las puertas de su habitación hasta que antes ya hubiera derramado su alma al Señor en oración.

Cuando comía algo, se aseguraba de elevar su corazón al Señor para obtener la bendición de esta; y cuando se había revitalizado moderadamente por comer, no se olvidaba de agradecer a Dios por su bondad de haberlo alimentado.

No se acostaba en su cama hasta que hubiera estado de rodillas; y cuando a veces había olvidado su deber, se levantaba rápidamente de su cama y, arrodillándose sobre sus rodillas descubiertas, le pedía perdón a Dios por ese pecado.

Reprendía a sus hermanos, si en algún momento se precipitaban en sus comidas, y comían sin pedir bendición; su amonestación era esta: “*¿Te atreves a comer de esa manera? ¡Dios tenga misericordia de nosotros! Este pedazo de pan podría ahogarnos*”.

Sus palabras eran sabias y poderosas, y bien podría convertirse en algún cristiano como los de la antigüedad. Su enfermedad era una mal prolongado: contra la cual, para consolarlo, alguien le hablaba de las posesiones que debían sobrevenir para con su porción; “*¿Y qué son?*” dijo él, “*Preferiría tener el reino de los cielos que mil de tales herencias*”.

Cuando se halló enfermo, parecía estar muy ocupado con [reflexionar, meditar o dedicar sus pensamientos] al cielo y hacía preguntas muy serias sobre la naturaleza de su alma.

¹⁴ Esta narrativa fue sacada del libro titulado ‘Prima, Media & Ultima (Ultima, The Last Thing, Life’s Lease, The conclusion, pág. 29)’ del Sr. Isaac Ambrose (1604 –20 de Enero de 1664) teólogo puritano inglés. Conocido por ser un autor y ministro ardientemente experimental y Cristo-Céntrico. Una de sus obras más conocidas es ‘Mirando a Jesús (Looking Unto Jesus).’

Después de que se encontró bastante satisfecho con respecto a inquirir cómo podría salvarse su alma. Consiguió la respuesta, “*Al aplicarse el mérito de Cristo por la fe.*” Se entusiasmó con la respuesta, y estaba listo para darle a cualquiera que lo desease un relato de su esperanza. Se le preguntó si preferiría vivir o morir, él respondió: “*Deseo morir, para poder ir a mi Salvador*”.

Sus dolores aumentaron sobre él, y alguien le preguntó si prefería aún soportar esos dolores o abandonar a Cristo. “*¡Ay!*” dijo él, “*no sé qué decir, siendo un niño, porque estos dolores pueden tambalear a un hombre fuerte, pero lucharé por soportar lo mejor que pueda*”. Ante esto, recordó a ese mártir, Thomas Bilney,¹⁵ quien, estando en prisión la noche anterior a su condena en la hoguera, puso su dedo en la vela para saber cómo soportar el fuego; “*Oh*”, dijo el niño, “*si hubiera vivido para ese entonces, habría corrido por el fuego para ir a Cristo*”.

Su enfermedad duró por mucho tiempo, y al menos tres días antes de su muerte, profetizó su partida, y no solo que debía morir, sino el día mismo. “*El Día del Señor*”, dijo él, “*aguarda para mí*”; y fue también por unas palabras de este tipo, que se podía conjeturar, por su repetición frecuente, todos los días preguntando, “*¿Cuándo vendrá el Domingo?*” hasta que ciertamente llegó el día. Finalmente, cuando llegó el día esperado; tan pronto como el sol se embelleció esa mañana con su luz, cayó en trance; sus ojos estaban fijos, su rostro alegre, sus labios sonrientes, sus manos y brazos se entrelazaron en un arco, como si hubiera abrazado a algún bendito ángel que estaba cerca para recibir su alma. Pero al volver en sí, relata cómo vio la persona más adorable que haya visto jamás, que le mandó tuviera buen ánimo, porque debía irse con él en ese momento.

Aquel que estaba cerca de él, como ahora sospechaba el momento de su disolución, le dijo: “*Señor, en tus manos encomiendo mi espíritu, que es tu deber, ¿por qué? porque Tú me has redimido, oh Señor, mi Dios verdadero.*”

Las últimas palabras que pronunció fueron exactamente estas: “*Ora, ora, ora, mejor dicho, a pesar de todo ora, y mientras más oraciones, mejor prospera todo; Dios es el mejor médico, en sus manos encomiendo mi espíritu. ¡Oh Señor Jesús recibe mi alma! Ahora cierro mis ojos: ¡Perdónenme, padre, madre, hermano, hermana, y todo el mundo! Ahora estoy bien, mi dolor casi ha desaparecido, mi gozo está cerca; Señor, ten piedad de mí. ¡Oh Señor, recibe mi alma para ti!*”. Y de esa manera él entregó su espíritu al Señor cuando tenía alrededor de doce años.

¹⁵ Thomas Bilney nació en 1495 en Norfolk, muy probablemente en Norwich, veintidós años antes del destello de la Reforma. El mundo ya estaba dando vueltas por las semillas de la Pre-Reforma sembradas en muchas partes de la Europa católica romana. Aún así, la Iglesia Católica Romana tenía la autoridad religiosa en casi todos los ámbitos. Bilney creció en medio de este mundo católico en Inglaterra. Fue estudiante a temprana edad y asistió a Trinity Hall en Cambridge y fue invitado a convertirse en miembro allí. Fue allí donde estudió leyes, pero algunos cursos de religión lo inspiraron a estudiar en campos de estudio “más dignos”. Murió el 19 de Agosto de 1531 en la hoguera. Se cuenta que antes de ir a la pira confesó su adhesión a las doctrinas que Lutero mantenía, y, cuando se vio en la hoguera, dijo: «*He sufrido muchas tempestades en este mundo, pero ahora mi nave llegará segura a puerto.*» Se mantuvo inamovible en las llamas, clamando: «*¡Jesús, creo!*» Estas fueron las últimas palabras que le oyeron decir. Fue conocido como ‘la luz del amanecer en la noche oscura de Inglaterra’.

Testimonio VI

Sobre un pobre niño que fue despertado cuando tenía cinco años de edad.¹⁶

UN CIERTO niño muy pobre, que tenía un padre muy malo, pero era de esperarse con una muy buena madre, fue por la Providencia de Dios, traído [a Cristo] por un amigo piadoso mío, quien, al verlo por primera vez al niño, tuvo gran lástima por él, y le tomó cariño, y tuvo la intención de criarlo para Cristo.

Al principio le atrajo el niño por la gran dulzura y amabilidad, lo que significa que no tardó en interesarse profundamente en el corazón del niño, y comenzó a asistirle con más disposición que lo que los padres hacían generalmente por sus niños.

Con esto, una puerta fue abierta para una obra posterior, y tuvo gran ventaja para inculcar principios espirituales en el alma del niño, en lo que no era deficiente, pero que el Señor le dio la oportunidad, y dispuso al niño.

No pasó mucho tiempo antes de que el Señor le agradara atacar con exhortaciones espirituales a este buen hombre, de manera que el niño fuese atraído e inclinado a las cosas de Dios. Aprendió rápidamente gran parte del Catecismo de la Asamblea de memoria, y eso antes de que pudiera leer su cartilla;¹⁷ y tenía gran deleite en aprender su Catecismo.

No solo fue capaz de dar una muy buena explicación de su Catecismo, sino que respondía a tales preguntas como no aparecían en el Catecismo, con una comprensión mayor de la que podría esperarse de alguien de su edad.

Se deleitaba en conversar sobre las cosas de Dios; y cuando mi amigo había estado, ya sea orando o leyendo, exponiendo, o repitiendo sermones, parecía muy atento y dispuesto a recibir las verdades de Dios y, con impresionante seriedad, diligencia y afecto, aguardaba hasta que los deberes terminaran, con no poco gozo y admiración de los que lo observaban.

Hacía preguntas muy excelentes, y conversaba sobre la condición de su alma y de las cosas celestiales, y parecía muy preocupado por lo que llegaría a ser de su alma cuando debiese morir; de modo que su conversación hacía que algunos cristianos se quedaran atónitos.

Estaba enormemente impresionado con la gran bondad de Cristo al morir por los pecadores, y lloraba ante la mención de ellos: y parecía extrañamente afectado por el indescriptible amor de Cristo.

Cuando nadie había estado hablando con él y estallaba en llanto, y se le preguntaba la razón de ello, él decía, que los meros pensamientos del amor de Cristo por los pecadores al sufrir por ellos, lo hacía llorar.

¹⁶ **Nota del autor:** Recibí esta información de un amigo mío que es un juicioso cristiano de muchos años de experiencia, que no estaba emparentado con él, sino que era un testigo visual y ocular constante de su vida piadosa, y muerte honorable y alegre.

¹⁷ Cuaderno o libro de enseñanza básica en lo que respecta a aprender a leer.

Antes de cumplir los seis años, hizo conciencia del deber privado; y cuando oraba, era con tal extraordinaria dedicación y contrición, que se le observaban rojos sus ojos, al llorar solo por su pecado. Le agradaba poner a los cristianos a hablar de cosas espirituales cuando los veía, y parecía poco satisfecho, a menos que hablaran de cosas buenas.

Fue evidente que los pensamientos de este pobre niño estaban muy ocupados con respecto a las cosas del otro mundo, ya que a menudo hablaba con su compañero de cama a media noche, sobre los asuntos de su alma; y cuando no podía dormir, aprovechaba para hacer reuniones piadosas para que ello fuera más dulce que su descanso designado. Esta era su usual costumbre y, por tanto, suscitaba y ponía al cristiano experimentado a pasar horas de vigilia hablando de Dios y del reposo eterno.

No mucho después de esto, su buena madre murió, lo que le llegó muy cerca al corazón, porque honraba grandemente a su madre.

Después de la muerte de su madre, a menudo repetía algunas de las promesas que eran hechas para los niños sin padre, especialmente Éxodo 22:22: “*A ninguna viuda ni huérfano afigiréis. Porque si tú llegas a afigirles, y ellos clamaren a mí, ciertamente oiré yo su clamor*”. Estas palabras las repetía a menudo con lágrimas, y decía: “*Me encuentro sin padre y sin madre sobre la tierra; sin embargo, si no me equivoco, tengo un Padre en el Cielo que está conmigo; A Él me comprometo, y en Él confío plenamente.*”

Así continuó en un curso de deberes santos, viviendo en el temor de Dios, y demostró maravillosa gracia para un niño, y murió dulcemente en la fe de Jesús.

Testimonio VII

Sobre un notorio niño malvado, que fue tomado de la mendicidad, y fue admirablemente convertido; con un relato de su vida santa y su muerte gozosa cuando tenía nueve años de edad.¹⁸

Un niño MUY pobre, de la parroquia de *Newington-Butts*, vino a pedir limosna a la puerta de un querido amigo mío, en una condición de los más lamentable; sin embargo, agració a Dios suscitar en el corazón de mi amigo a tener gran compasión y ternura hacia este pobre niño; de modo que, al no haber nada en él para encomendarlo a la caridad de nadie sino a su merced y cuyos padres eran desconocidos, en amor, lo sacó de las calles. Mi amigo, buscando la gloria de Dios, y el bien del alma inmortal de esta desdichada criatura eximió a la parroquia del niño y tomó a ese niño como si fuera suyo, planeando criarle en el temor del Señor. ¡Oh, noble ejemplo de caridad! No obstante, aquel que fue objeto de mucha bondad, entre más grande era, parecía haber pocas esperanzas de que hiciera el bien, porque era un gran monstruo de maldad, y mil veces más miserable y vil por su pecado que por su pobreza. Corría al infierno tan rápido como podía, y parecía que era experimentado en desobediencia [o mala conducta] a pesar de que era muy pequeño en años; poco se podía escuchar hablar de alguien tan parecido al diablo en su infancia como este pobre niño. ¡Qué pecado [de lo que era capaz a su edad] no cometió! Llegó, por la corrupción de su naturaleza y el abominable ejemplo de los niños mendigos, a un nivel extravagante de impiedad. Decía apodos obscenos, tomaba el nombre de Dios en vano, maldecía, juraba y hacía todo tipo de malicias; y, en cuanto a cualquier cosa de Dios, era peor que un pagano.

Sin embargo, este pecado y miseria no fueron más que un motivo más fuerte para que ese hombre misericordioso lo compadeciese, e hiciera todo lo posible para extraer este tizón del fuego; y no pasó mucho tiempo antes de que el Señor se complaciera en dejarle entender que tenía un designio de misericordia eterna sobre el alma de este pobre niño; ya que apenas este buen hombre había llevado a esta criatura a su casa, oró por él, y obró con todas sus fuerzas para convencerlo de su condición miserable de la que era por naturaleza, y enseñarle algo de Dios, el valor de su alma, y de esa eternidad de gloria o miseria para la que nació; y bendita sea la gracia gratuita, no pasó mucho tiempo antes de que el Señor se complaciera en mostrarle que fue él mismo quien puso en su corazón el tomar a ese niño para que lo criara para Cristo. El Señor pronto lo arremetió con sus instrucciones piadosas; de modo que se vio un cambio sorprendente en el niño, en unas pocas semanas. Rápidamente se convenció de la maldad de su conducta; no había ya más noticias de apodos, juramentos o maldiciones, no más de tomar el nombre del Señor en vano; ahora él era educado y respetuoso; y tal cambio extraño, de la amplitud de la vileza de antes, se forjó en el niño, que toda la parroquia ahora estaba pronta para hablar de su

¹⁸ **Nota del autor:** Este relato lo obtuve de un hombre santo y juicioso, que no tenía relación con él, pero que fue testigo ocular y auditivo de todas estas cosas.

reforma — su compañía, su manera de expresarse, su ocupación ahora habían cambiado, y era como otra criatura; de modo que la gloria de la gracia gratuita de Dios ya comenzaba a resplandecer en él.

Y este cambio no solo podía percibirse en lo externo; sino también cuando la pasaba solo, y lloraba y se lamentaba amargamente por su horrible vida perversa, como fácilmente lo podían observar los que vivían en la casa con él.

Era el gran empeño de su maestro piadoso golpearlo con aquellas convicciones que el Señor había hecho, y desarrollarlas todo lo que podía; y se alegraba en gran manera en ver que su trabajo en el Señor no era en vano; aún experimentaba que el Señor llevaba a cabo su propia obra poderosamente sobre el corazón del niño; él estaba cada vez más quebrantado con la convicción de su estado arruinado por naturaleza; con frecuencia lloraba y se lamentaba de su condición perdida y miserable. Cuando su maestro le hablaba de las cosas de Dios, le escuchaba de todo corazón y, con mucho deleite y afecto, recibía lo que él le enseñaba. Rara vez había algún discurso sobre asuntos del alma que no escuchara como si fuera por su vida, y llorara grandemente.

Él, después de que su maestro hubiera estado hablándole a él, o a otros, de las cosas de Dios, se dirigía hacia él y le hacía preguntas sobre la enseñanza, y le suplicaba que le instruyera y le enseñara más, y que le dijera aquellas cosas de nuevo, para que pudiera recordarlas y entenderlas mejor.

Así continuó buscando el conocimiento de Dios y de Cristo, y practicando los santos hábitos, hasta que la enfermedad llegó al hogar, con la cual el niño fue herido; al enfermarse de manera deprimente, el pobre niño estaba muy asombrado y asustado; sus dolores eran grandes, y su enfermedad muy tediosa, y aún el sentido de su pecado, y la idea de la condición miserable en que temía que su alma todavía estaba, hizo de su aflicción diez veces mayor; estaba en penosas agonías de espíritu, y sus antiguos pecados lo miraban fijamente a la cara y lo hacían temblar; su espíritu incluso absorbió el veneno de las flechas de Dios; el sentido de pecado e ira era tan grande, que no podía decir qué hacer en el mundo; el peso de la ira de Dios y los pensamientos de yacer bajo ella por toda la eternidad, lo hicieron pedazos, y clamaba muy amargamente, ¡qué debería hacer! que era un pecador miserable, y temía que se fuera al infierno; sus pecados habían sido tan grandes y demasiados, que no había esperanzas para él. No estaba demasiado preocupado por su vida, como por su alma, qué sería de ella para siempre. La plaga sobre su cuerpo no parecía nada a lo que estaba en su alma.

Pero, en esta gran angustia, el Señor se complació en enviar a uno a cuidar su alma, quien le alentó en las grandes y preciosas promesas que era hechas para aquellos en su condición; diciéndole que en Cristo se hallaba lo suficiente para el principal de los pecadores, y que vino a buscar y salvar a tales criaturas tan perdidas como él. Pero a este pobre niño le resultaba muy difícil creer que había misericordia para un pecador tan terrible como lo había sido él.

Se le escuchaba clamar por sí mismo, no solo por sus juramentos y mentiras, y por otros pecados aparentemente notorios; estaba horrorizado por el pecado de su naturaleza, por la vileza de su corazón y la corrupción original; él estaba en tan gran angustia, que la aflicción de su espíritu lo hizo, en gran medida, olvidar los dolores de su cuerpo.

Confesaba de manera muy particular y lamentaba sus pecados con lágrimas; y algunos pecados tan secretos, que nadie en el mundo podía acusarlo. Se condenaba a sí mismo por el pecado, como que no merecía tener misericordia; pensó que no había un pecador más grande en todo Londres que él, y se aborrecía a sí mismo como la criatura más vil que conocía.

No solo oraba mucho, con fuertes gritos y lágrimas, sino que imploraba las oraciones de los cristianos por él. Les preguntaba a los cristianos, si creían que había alguna esperanza para él, y les rogaba que fueran sincero con él, porque temía enormemente estar engañado.

Al comunicársele de lo presto y dispuesto que estaba el Señor Jesús de aceptar a los pobres pecadores, por su arrepentimiento y conversión, y al exhortársele a aventurarse en Cristo por misericordia y salvación, dijo que de buen agrado se echaría sobre Cristo, pero no podía dejar de preguntarse cómo Cristo estaría dispuesto a morir por un miserable tan vil como lo era él; y le pareció una de las cosas más difíciles del mundo de creer.

Pero al final le agradó al Señor darle algunas pequeñas esperanzas de que podría haber misericordia para él, ya que él había sido el principal de los pecadores; y, consiguió aferrarse un poco a tales promesas como estas, “*Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar* (Mat. 11:28).” ¡Oh, cómo este pobre niño admiró y bendijo a Dios por la más pequeña de las esperanzas! ¡Cuán vívidamente se acercó a la gracia gratuita y abundante para obtener misericordia y perdón! y cuando se halló lleno de alabanza y admiración de Dios; de modo que, (hablando en palabras de un buen hombre que fue testigo ocular y auditivo) para la alabanza y gloria de Dios sea dicho, la casa en ese día, a pesar de toda la enfermedad que había en ella, era un pequeño y afable cielo, tan lleno de gozo y alabanza.

El niño creció excesivamente en conocimiento, experiencia, paciencia, humildad y aversión a sí mismo; y pensó que nunca podría hablar mal lo suficiente de sí mismo: el nombre con el que se refería a sí mismo, era “sapo”.

Y aunque antes oraba, ahora el Señor derramó sobre él el espíritu de oración de una manera extraordinaria, para alguien de su edad; de modo que ahora oraba con más frecuencia, más fervientemente, más encarecidamente, más espiritualmente que nunca. Oh, cuán ávidamente rogaba que fuera lavado en la sangre de Jesús; y que el Rey de Reyes, y el Señor de Señores, que reina sobre el cielo, la tierra y el mar, le perdonara y olvidara todos sus pecados, y recibiera su alma en su reino. Y lo que decía era con tanto amor y fervor de espíritu, que los que le escuchaban se llenaban de asombro y alegría.

Cuando no poseía el menor sentido del uso y la excelencia de Cristo, y los anhelos y suspiros de su alma por él, al mencionársele a Cristo, estaba casi listo para saltar de su lecho de la alegría.

Cuando le dijeron que, si se recuperara, él no debía vivir a como se inclinaba, sino que debía entregarse a sí mismo a Cristo, y ser su hijo y siervo, llevar su yugo, y ser obediente a sus leyes, y vivir una vida santa, y tomar su cruz, y sufrir las burlas, el reproche, y persecución por amor a Su nombre: Ahora, niño (le dijo alguien) ¿estás dispuesto a obtener a Cristo en tales términos? Él expresó su disposición por la seriedad de su aspecto

y palabras; fijando sus ojos al cielo, diciendo: “*Sí, con toda mi alma, con la ayuda del Señor, haré esto*”.

Con todo, tenía muchas dudas y temores, y siempre y en seguida insistía en que, aunque él estuviese dispuesto, sin embargo, temía que Cristo no estuviera dispuesto a aceptarlo, debido a la grandeza de su pecado; no obstante, sus esperanzas eran mayores que sus temores.

El miércoles antes que muriera, el niño permaneció, por así decirlo, en un trance durante media hora aproximadamente, tiempo durante el cual creyó ver una visión de los ángeles; cuando se encontró fuera de su trance, estaba un poco intranquilo, y le preguntó a la que le cuidaba, por qué no le dejó ir. “*¿Ir adonde, niño?*” dijo ella. “*¿Por qué, todos esos valientes caballeros, dijo él; me dijeron que vendrían a buscarme el viernes siguiente?*”. Y repetía esas palabras muchas veces, “*el viernes siguiente esos valientes caballeros vendrán a buscarme*”; y en ese día el niño murió alegremente.

Estaba muy agradecido con su maestro, y muy sensible a su gran bondad al sacarlo de las calles cuando se encontraba en mendicidad, y admiraba la bondad de Dios, que puso en la mente de un extraño, velar por él y tener tal paternal cuidado de una criatura lamentable y deplorable como él. “*Oh mi querido maestro*”, dijo él “*espero verte en el cielo, porque estoy seguro de que irás allá. Oh bendito, bendito sea Dios que te hizo tener piedad de mí; porque podría haber muerto, y haber ido al diablo, y haber sido condenado para siempre, si no hubiera sido por ti*”.

El jueves antes de morir, le preguntó a un amigo mío muy piadoso qué pensaba de su condición, y hacia dónde se dirigía ahora su alma, porque dijo que temía y para no engañarse a sí mismo con falsas esperanzas; a lo cual mi amigo le habló así: *Hijo, por todo lo que he procurado en manifestar la gracia de Dios en Cristo a tu alma, y de proveerte de seguridad, a partir de la palabra de Dios, de que Cristo se te ofrece tan libremente, como a cualquier pecador en el mundo; si estás dispuesto a aceptarlo, puedes tener a Cristo y todo lo que deseas con él; y sin embargo, das lugar a estas tus dudas y temores, como si lo que te dije fueran nada más que mentiras: tú dices que temes que Cristo no te acepte; no obstante, temo que no estás sinceramente dispuesto a aceptarlo*”. El niño respondió: “*Ciertamente lo estoy.*” “*Entonces, niño, si estás sinceramente dispuesto a tener a Cristo, te digo que él está mil veces más dispuesto a tenerte, a lavarte y a salvarte, que lo que tu deseas. Y ahora en este momento Cristo se ofrece libremente a ti otra vez; por lo tanto, recíbelo humildemente por medio de la fe en tu corazón, y dale la bienvenida, porque él lo merece*”. El Señor le reveló su amor al niño por esas palabras; y le dio una especie de salto en su cama, y chasqueaba sus dedos y el pulgar juntos con abundancia de alegría, tanto que dijo: “*Bueno, sí, todo está bien, la unión está hecha, Cristo está dispuesto, y estoy dispuesto también; y ahora Cristo es mío, y yo soy suyo para siempre*”. Y a partir de ese momento en adelante, en plena alegría y seguridad del amor de Dios, él continuó alabando de todo corazón a Dios, con el deseo de morir, y estar con Cristo. Y el viernes por la mañana dulcemente se dirigió al reposo, usando esa misma expresión: “*En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu*”. Murió exactamente en ese momento que había dicho, y en el que esperaba que esos ángeles vinieran a él. No tenía más de nueve años cuando murió.

Fin
de la Primera Parte...

